

El quebrantamiento

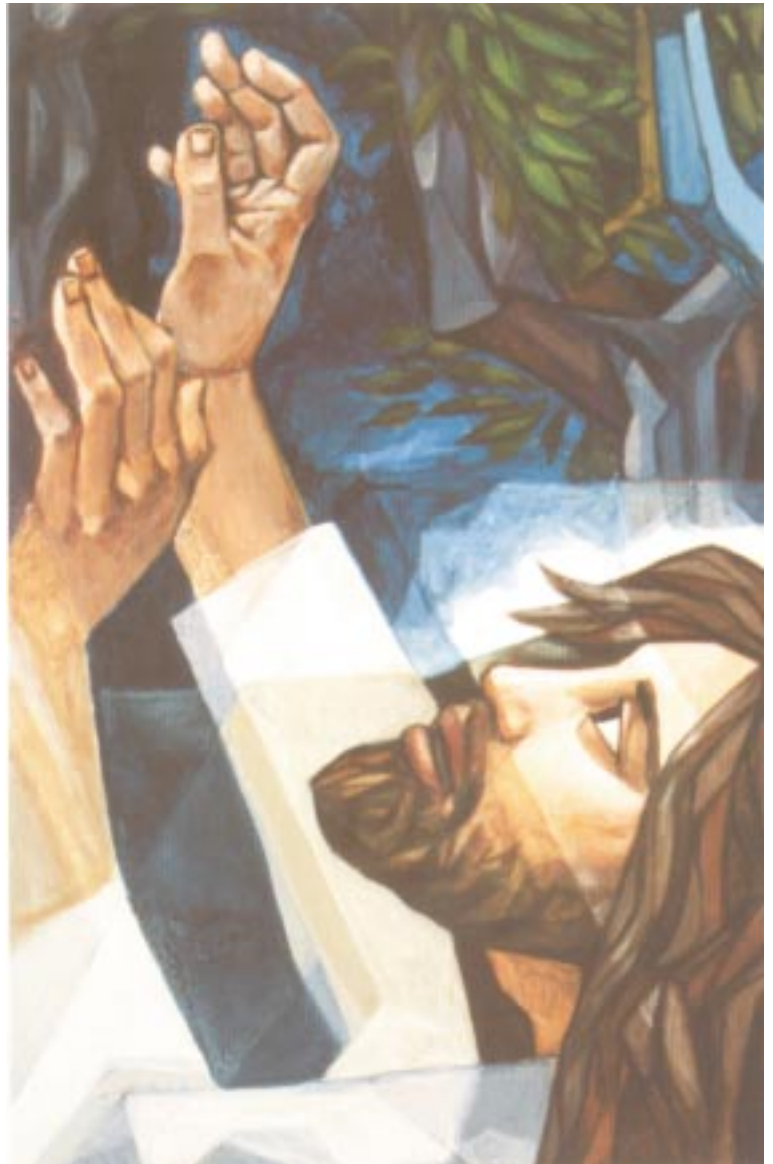
HUGO ESTRADA

Fue san Pablo el que confesó que sentía dentro de sí dos especies de gladiadores que luchaban continuamente. Decía san Pablo: "No hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente lo que hago" (Rom 7,15) Dentro de nosotros hay dos individuos que luchan por dominarnos: el hombre carnal está retratado en la carta a los Gálatas: se deja guiar por los impulsos naturales; está lleno de lujuria, resentimiento, superstición, mundanismo. En cambio el hombre espiritual es el que se deja controlar por el Espíritu Santo, que produce en él sus frutos de amor, de gozo de paz (Gal 5, 19-15)

La pregunta para nosotros es: ¿Quién domina en nosotros? ¿El hombre espiritual o el hombre carnal? ¿Cuál es mi retrato? Cuando domina el hombre carnal, nuestro oído está taponeado: no logra captar la voz de Dios. Nuestros ojos están velados: no son capaces de ver los signos de Dios. Y, por eso, impedimos que el Espíritu Santo realice su obra de santificación en nosotros.

Cuando domina en nosotros el hombre carnal, impedimos que Dios nos pueda tocar y bendecir. Además, somos estorbo para que Dios toque a los demás. Si estamos evangelizando o predicando, los demás podrán admirar nuestra erudición, pero no habrá conversiones, porque falta la unción del Espíritu Santo.

Cuando somos dominados por nuestro hombre carnal, no logramos ser "olor de Cristo" (2Cor 2, 15); los demás perciben en nosotros el hedor del hombre mundano. El hombre carnal nos impide ser canales limpios para que corra la bendición de Dios hacia los demás. Cuan-



do obramos carnalmente, las personas no logran leer en nosotros una "carta de Dios" (2Cor 3,3), sino un antievangelio.

Para sacarnos de esta situación lamentable, Dios tiene que echar mano del quebrantamiento; tiene que bajarnos violentamente, como

a Pablo, de nuestra cabalgadura de autosuficiencia y ritualismo. Es doloroso, pero es un método que Dios emplea con frecuencia para que descubramos nuestra triste realidad y nos dejemos santificar por medio del Espíritu Santo. Para poder pulirnos, santificarnos, Dios tiene que acudir al método del quebranta-

miento. Es doloroso, pero efectivo, cuando aceptamos el proyecto de Dios y aprendemos la lección que el Señor quiere dejarnos.

Imágenes bíblicas

Por medio de varias imágenes la Biblia nos muestra en qué consiste el quebrantamiento. Jesús dijo: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, sigue siendo sólo un grano; pero si muere, da abundante cosecha" (Jn 12, 24). El grano de trigo para dar fruto tiene que ser quebrado dentro de la tierra para que pueda brotar de allí la vida. Para que nosotros podamos dejar de ser hombres carnales y convertirnos en espirituales, tenemos que ser quebrantados. Nuestra cáscara de egoísmo, de autosuficiencia debe ser quebrada. Nuestro yo debe ser quebrantado para que pueda aparecer el hombre espiritual, que se deja guiar por el Espíritu Santo.

San Lucas describe el momento en que una mujer de mala vida se le acerca a Jesús mientras está en una comida. Los que ven a la mujer la desprecian en sus corazones. Aquella mujer comienza a bañar con sus lágrimas los pies de Jesús. Luego rompe un vaso de alabastro y con su perfume unge a Jesús en la cabeza. El Señor vio el arrepentimiento sincero de aquella mujer: por eso le aseguró que sus muchos pecados le quedaban perdonados (Lc 7, 36-50).

Mientras el vaso de alabastro no había sido quebrado, no pudo expandirse el aroma del rico perfume. Para que de nosotros pueda salir el "olor a Cristo", debemos ser quebrantados. El hombre carnal debe ser quebrado para que pueda aparecer el hombre espiritual. Para que desaparezca el hedor del hombre mundano.

Al profeta Jeremías el Señor le dijo que tenía un mensaje que comunicarle; se lo entregaría en la casa del



JL Burguera

alfarero. El profeta fue a ver al alfarero. Observó cómo el trabajador moldeaba un cántaro. Cuando el barro rebelde no le salía a su gusto, lo deshacía y lo volvía a hacer. El profeta entendió en qué consistía el quebrantamiento que el Señor le iba aplicar al pueblo rebelde.

Nuestro gran problema es que nos hemos dejado moldear por el mundo, que nos ha impreso la huella de sus criterios antievangélicos. Dios tiene que quebrarnos para hacernos de nuevo. Para moldearnos según su Evangelio. No quiere destruirnos, sino embellecernos. No quiere hacernos mal, sino santificarnos.

San Pablo escribió: "No se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rom 12, 2).

Lo normal en nosotros es tratar de impedir que Dios nos meta en su molde; sabemos que ser quebrantados duele, nos humilla, nos hierde. Mientras tratamos de huir del molde de Dios, lo que estamos haciendo es "entristecer al Espíritu Santo", bloquear su acción santificadora en nosotros. Retardamos la obra

de quebrantamiento que Dios quiere realizar en nosotros.

Maneras en que Dios nos moldea

A veces, el quebrantamiento es de una manera violenta, dramática. La mayoría de las veces, el Señor nos va quebrantando poco a poco. El proceso de santificación es un proceso lento, muy bien llevado por Dios en su tiempo, que es muy distinto del nuestro.

Dice Jesús: "Mi Padre, el viñador, poda los sarmientos para que den más fruto (Jn 15, 2). El Señor para podarnos emplea dos podaderas: su Palabra y las pruebas de la vida. La Palabra se nos introduce como una cortante espada que, al llegar a lo profundo de nosotros, nos deja desnudos ante Dios porque descubre nuestros pensamientos e intenciones (Hb 4, 12). Al ver nuestra dura y, muchas veces, desconocida realidad, nos sentimos humillados. Somos bajados de nuestra cabalgadura de autosuficiencia. La Palabra de Dios detecta nuestras áreas cancerosas. Pero no sólo pone el dedo en la llaga; también nos entrega la medicina que nos puede sanar. En la última Cena, Jesús les dijo a sus discípulos: "Ustedes ya están limpios por la Palabra que yo les he dicho" (Jn 15, 3).